



## LANGUAGE, LANGUAGE TEACHING AND INTERSUBJECTIVITY

### Abstract

In the so-called age of information and communication, language is the defining aspect promoter of a new conception for schoolwork. The “technological-digital” revol has created a new social physiognomy in which the school must refocus its institutional role. In this scenario, society demands from teachers a speech to promote human understanding. Therefore, this social actor should display communication skills more open to inter subjective processes and meeting the others; all mediated by listening (Gadamer, 2010). The teacher as an interpreter and hermeneutist of Venezuelan sociocultural should be a master in the use of language, by considering the value and meaning of each word in the several scenarios of verbal interaction, which is after all the most appreciated factor in the contemporary social world.

**Keywords:** language, language teaching, listening, intersubjectivity.

### Era de la información y la comunicación

Una de las características más llamativas de la sociedad postmoderna es la presencia, cada vez mayor, de las tecnologías de la información y de la comunicación, las cuales han cambiado las rutinas y la visión de mundo del hombre contemporáneo. El término sociedad del conocimiento (o de la infocomunicación, como también suele definirse) establece protocolos de relevancia de la información y de la comunicación como los fenómenos tecnológicos que, al unirse, definen el modelo de sociedad -en plena configuración, en estos momentos- a escala mundial. Esta sociedad se caracteriza por utilizar tanto intensiva como extensivamente los computadores, los *smartphones* y la Internet, es decir, la combinación de pc, teléfonos y red.

Resulta interesante notar que en esta vertiginosa evolución de las pc, la lingüística sea uno de los tres componentes esenciales en su desarrollo: desde el surgimiento de la lingüística computacional

(alrededor de 1950) cuyo propósito inicial fue desarrollar computadoras capaces de traducir automáticamente textos de lenguas extranjeras al inglés, pues se consideraba a la traducción como una forma de descifrado, hasta la irrupción de una lingüística ecológica en los años noventa, pasando por los alentadores avances de la lingüística cognitiva con sus intentos de develar la relación existente entre la lengua y el cerebro, todo lo cual ha moldeado una gran parte de las propiedades del llamado *software* computacional.

Otro de los componentes fundamentales en este desarrollo deriva de la enorme velocidad de procesamiento de datos —y su correspondiente almacenamiento— alcanzados por las computadoras actualmente, velocidad que no dejará de crecer en los años venideros.

Por fin, el alcance social del pc —llámese esta computadora, *Tablet*, *Smartphone*— ha uniformado al mundo. Al ser cada vez más numerosos y reducir sus costos, estos dispositivos permiten al interesado el acceso a la red poniendo a su alcance en cuestión de minutos toda una gigantesca cuantía de data casi imposible de procesar por parte del usuario, quien muy frecuentemente se ve abrumado por tal cantidad de información útil.

La uniformización del mundo ha hecho que las redes sociales, la Internet y el hipertexto hayan cobrado protagonismo en la vida social actual. Hoy en día es difícil pensar el desenvolvimiento social exitoso del hombre sin la ayuda de estas aplicaciones. Las actividades cotidianas demandan de su auxilio: operaciones bancarias, compras programadas, trámites administrativos y académicos son solo algunos ejemplos de su uso. Bien lo explicita Pérez (2010) “*El mundo se ha convertido en un sistema neuroelectrónico universal donde cada vez todo depende de sistemas, redes, satélites, terminales de información*” (p. 128).

La mayor preocupación del hombre moderno, entonces, es acceder a estas tecnologías porque su calidad de vida, su desenvolvimiento en la sociedad dependerá de su uso, tanto a nivel institucional, como a nivel laboral y académico. Sin embargo, todo esto no parece ser una panacea para los problemas existenciales del ser humano. La indefectible dependencia y uso indiscriminado de éstas parece traer aparejados algunos problemas, como por ejemplo la exclusión de una gran cantidad de ciudadanos sin acceso a estas tecnologías, y la

gran brecha sociocultural que está generando su uso, sobre todo en países del tercer mundo.

La era de la información ha configurado una “nueva realidad”: el mundo virtual, en el cual no hay distancias porque las interacciones no requieren de las relaciones interpersonales *in praesentia*, y no existe la exigencia de un espacio físico de encuentro comunicativo.

### **Mundo digital y contextos escolares**

Frente a esta nueva realidad cabe preguntarse: ¿Cómo el mundo digital ha influido en los contextos escolares? ¿Cómo la escuela ha respondido a esta nueva realidad? Estas dos dimensiones presentan lógicas diferentes. La escuela como institución de autoridad, generadora de conocimiento, y configuradora de saberes busca la estructuración, rigurosidad y disciplina. Por su parte, la lógica del mundo digital orientada al consumo masivo de tecnología, es más personalista y más fascinante para las jóvenes generaciones, debido a la incorporación de imágenes, recursos visuales e interactivos que resultan motivadoras para aquellos que la usan.

Como quiera que sea, la insurgencia de lo “tecnológico-digital” ha creado una nueva fisonomía social en la cual la escuela debe reorientar su rol institucional, pues ya no es la portadora exclusiva del proceso de transmisión del conocimiento. Esta transmisión es compartida por los medios arriba mencionados. No de balde, la etiqueta “sociedad del conocimiento” ha emergido en los últimos años a la par de la irrupción de ellos y no de un remozamiento de las funciones y fines de la escuela como institución.

### **Lenguaje y competencias comunicativas del docente**

Al margen de lo aquí expuesto —y sin demeritar de las ideas propuestas por algunos teóricos defensores de esta “nueva imagen del conocimiento”— el aspecto definitorio que propulsará una nueva era en la concepción de los quehaceres escolares es el lenguaje. A fin de cuentas ha sido el avance científico de las ciencias del lenguaje el que ha influido en la llamada era de la información y de la comunicación: por conocerse hoy el funcionamiento de una parte significativa de la naturaleza del lenguaje, es por lo que se demanda del actor social, en general, y del educador, en particular,

competencias comunicativas necesarias para desenvolverse con éxito en una sociedad dinámica y cambiante, en la cual la seguridad y el inmovilismo han sido desplazados por la movilidad, el dinamismo y los cambios. Es precisamente el lenguaje el dispositivo genético adecuado para enfrentar la incertidumbre, la inseguridad y el caos y con ella realización verbalizable de las relaciones sociales, al constituirse en un regulador importante de los procesos sociales del comportamiento humano.

La mayor parte de las acciones humanas ejecutadas por el hombre son construcciones lingüísticas. El lenguaje es un dispositivo que permite “*hacer cosas con palabras*” (Lomas, 1999) de allí su carácter generativo Echeverría (2010), al ser constructor de experiencias y realidades. De la misma forma, el lenguaje hace posible cambiar el devenir histórico de las naciones, manifestar emociones, construir personalidades, cambiar ideologías, interpretar subjetividades. En fin, todo lo humano es posible con el verbo. El asunto está en que toda interacción lingüística (oral o escrita) se constituye con los actos de habla, interacciones lingüísticas, intercambios comunicativos, o como quiera llamárselas.

Son estos actos los que aseguran el entendimiento o el “desentendimiento” entre los interlocutores, los que dan paso a la intersubjetividad —en el primer caso— o la ausencia de ella, en el segundo caso. De allí el impacto de un texto o de un discurso: con ellos es posible brindar esperanzas, alegrías, promover iniciativas, o por lo contrario, generar estados de desequilibrio, desesperanza o tristezas en el grupo o en el individuo.

Lo anterior es válido porque ningún acto comunicativo se produce aisladamente, de forma descontextualizada. El discurso se genera en un contexto histórico-social muy particular. Se conforma con la denominada ecología de la palabra o de la comunicación “*Como respuesta a la comunicación tecnificada, conocida en diversas partes del mundo como Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC)*” (Casillas, 2009).

Las condiciones contextuales inciden en todo acto discursivo. Ellas definen unos usos específicos del lenguaje y estos usos dependen de las motivaciones e intenciones del enunciador. Por ejemplo, en el caso particular del país hay un uso lingüístico desde los centros

de poder generador de interpretaciones encontradas en la sociedad. En este escenario el docente o bien reproduce el discurso generado por los centros de poder o minimiza los efectos negativos de él. Eso es interpretar el contexto: bien que reproduzca el contexto o bien que lo minimice, el educador lo hace desde dos racionalidades contrapuestas, pero aun así la ecología del discurso no se ve afectada.

## **Lenguaje y comunicación**

La incomunicación planteada en el aparte anterior es sostenible, válida y verificable porque, quizá sea la especie humana la única en este mundo en la cual los desacuerdos son parte importante de los mecanismos de convivencia comunitaria: no siempre lo transmitido vía expresión oral es lo comprendido por el otro; no siempre lo pensado es lo expresado; no siempre lo que se quiere decir es lo interpretado; no siempre lo traducido se corresponde con el mensaje enviado por el emisor. En muchas ocasiones se producen desajustes o desacuerdos verbales obstaculizadores de la comunicación y por ende de la interrelación social.

¿Por qué tantas incongruencias? ¿Por qué tantas inadecuaciones? ¿Servirá, acaso, la apelación al mito de Babel para explicarlas? Esto último pudiera ser, siempre y cuando nuestra posición fundacional sea lo bíblico-religioso. Creemos más bien que la raíz de las incongruencias, inadecuaciones, desacuerdos, incomprensiones está en la naturaleza misma de la lengua, aun cuando creemos a pie juntillas en la facultad moldeadora de ella: los procesos de socialización experimentados por el hombre a lo largo de toda su vida fraguan sus modos de ser, sus modos de sentir, de ver y de decir. Entonces son los mecanismos de socialización los hacedores de un hombre comunicacionalmente competente, con un potencial discursivo que lo hacen apto para alcanzar acuerdos o crear desacuerdos con los demás.

Sin embargo, pensamos que en todo intercambio de esta naturaleza los interlocutores apuestan por el entendimiento, y para ello deben cumplir con una serie de condiciones: la primera, por supuesto, es el saberse dueños del mismo código. No obstante, esto no es suficiente. Se requiere de una segunda condición: la competencia comunicativa. Ésta se define como el conjunto de conocimientos de diversa naturaleza: lingüísticos, sociolingüísticos, estratégicos,

pragmáticos y discursivos puestos en práctica por el hablante/oyente para producir o comprender discursos adecuados a la situación y al contexto comunicativo, y al grado de formalidad (Lomas, Osoro y Tusón, 1993:15). Se infiere de este aserto que dicha competencia abarca conocimientos lingüísticos y no lingüísticos.

Ya antes hicimos mención de este tipo de competencias al colocarlas como condición imprescindible para afrontar las exigencias actuales de vida, propias de una sociedad en ruta directa hacia la tecnificación de casi todas sus actividades de interacción (transacciones bancarias y comerciales de todo tipo, comunicación interpersonal a distancia, educación/ formación en línea conforman una muestra muy pequeña de lo aquí afirmado). De más está decir que las competencias establecen cuáles son las reglas de uso a seleccionar por el hablante según el contexto de habla, todo lo cual se resume en la capacidad de éste para saber qué decir, a quién, cuándo y cómo.

Este conocimiento es fundamental para todo hablante, especialmente para el educador —a quien pensamos como un ductor de producción y de comprensión lingüísticas— pues los distintos escenarios públicos exigen capacidad de adecuación a una variedad de colocutores, en una amplísima gama de contextos sociolingüísticos claramente auto determinados.

Frente a la multiplicidad de manifestaciones expresivas —y ésta es una de las razones de la mutabilidad de las reglas de uso derivadas del dinamismo de los cambios de la sociedad actual— el profesional de la educación requiere del conocimiento de los distintos lectos sociales y geográficos, y además, de los distintos registros y estilos de habla, de manera tal que las competencias aludidas le permitan amoldarse a la situación comunicativa específica: la asunción expresiva de hábitos fonatorios, léxicos y gestuales, de variedades de habla propias del grupo de interés y algunos otros comportamientos sociolingüísticos, le permitirá a este profesional construir o comprender un sentido muy aproximado de la variedad de discursos sociales coexistentes en una misma lengua: políticos, económicos, institucionales, académicos, entre otros.

En tal sentido, este profesional debe desbordar lo explícito en los discursos: debe entender que lo expresivo y lo formal no constituyen el discurso y, por lo mismo, debe buscar el sentido subyacente

en ellos para alcanzar la comprensión humana, mencionada por Morín en su texto *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* (1999). Es la búsqueda del sentido el objeto de indagación primario, no solo para el investigador o el docente, también para el hombre común interesado como está en los problemas de interacción.

Pero ¿Cómo lograr tal tarea? ¿Qué se debe hacer para alcanzar el sentido de un texto o discurso? En realidad, gran parte de la información transmitida en un acto de interacción verbal, especialmente si ésta es oral, deriva de la vía no lingüística, o mejor, no verbal: gestos, vestuario, y toda la parafernalia o productos subculturales utilizados por el hombre, todos ellos adquiridos culturalmente; además debe valerse de las pistas textuales: bien sabemos que todo texto —oral o escrito— está cargado de recursos por lo general usados de forma inconsciente pero con una gran carga sémica y el docente, investigador, lector o el hablante común deben saber apropiarse de esa carga y, aunque un tanto más difícil, en la comunicación tecnificada —planteada *grosso modo* en el aparte uno de esta reflexión— debe buscar en los enunciados escritos, en los recursos icónicos y en las imágenes las emociones, los afectos o impresiones y contextualizar los signos lingüísticos para reconstruir las intencionalidades discursivas.

Wittgenstein (2012), reafirma lo aquí planteado cuando menciona “los juegos del lenguaje” para referirse a las llamadas reglas lingüísticas: de gramática y de uso (o sea, pragmáticas) de las variedades de la lengua (oral-escrita). El conocimiento de dichas reglas asegura la comprensión mediada por el lenguaje. Se parte del supuesto de un intercambio cooperativo entre hablantes para construir una comprensión humana cuyos límites no sean lo meramente cognitivo para alcanzar la esencia del ser: emociones y afectos.

Por eso —y con mucho tino— Morín (ob. cit.) distingue dos tipos de comprensión: la intelectual y la humana. La primera, significa “... *aprehender en conjunto, com-prehendere, asir en conjunto (el texto y su contexto, las partes y el todo, lo múltiple y lo individual)*” (p. 47). Esta comprensión se fundamenta en entender el objeto de conocimiento, y agrega: “...*la explicación es obviamente necesaria para la comprensión intelectual u objetiva*” (p. 47).

Explicita Morín en torno de la comprensión humana o segundo tipo (ob. cit.) lo siguiente: “...comporta un conocimiento de sujeto a sujeto. (...) Comprender incluye necesariamente un proceso de empatía, de identificación y de proyección. Siempre intersubjetiva, la comprensión necesita apertura, simpatía, generosidad” (p. 49) y especialmente útil en ambientes altamente tecnologizados propicios para generar tensiones propulsoras de las llamadas urbano patías.

## **Enseñanza de la lengua e intersubjetividad**

En los escenarios escolares el diálogo es fundamental para poder llevar a cabo los procesos de enseñanza-aprendizaje. La generación de conocimiento pasa por procesos de comunicación estables pero a la vez bastante dinámicos y cíclicos. La visión constructivista del aprendizaje, por ejemplo, releva el papel de la lengua para construir el conocimiento. Es desde la interacción docente-alumno y alumno-alumno como se tejen redes de significado cuyo propósito es alimentarlas estructuras de pensamiento.

Es así como la dinámica de la comunicación (independientemente del contexto de situación donde se produzca) parte de la consideración de la *escucha fenomenológica*. Gadamer (1998) refiere la escucha como el arte de “dejarse decir”, de practicar la disposición de recrearse en la fase dialógica del “silencio”, de unirnos a la categoría más subyacente de ser humano: “el sentir” como vínculo conciliatorio con la propia conciencia y con la convivencia de la humanidad. Escuchar, entonces, promueve el entendimiento, la conciliación y los acuerdos. De aquí, se colige que este modo de escuchar se diferencia y trasciende la capacidad natural o biológica de la audición.

La capacidad de oír implica percibir información a través del sistema auditivo. Podemos percibir variedad de sonidos incluidos los lingüísticos, los cuales constituyen desde unidades mínimas de expresión hasta formas complejas de discurso. El escuchar es una función más compleja, pues involucra otras actividades de naturaleza cognitiva, por ejemplo, la atención, el razonamiento, el pensar, entre otras. En este sentido, el maestro debe saber escuchar a sus estudiantes para conocer sus intereses, necesidades e inquietudes. Solo así establecerá una comunicación horizontal donde las distancias de autoridad y obediencia sean minimizadas. Esta concepción promueve un acercamiento más sensible y humano.

Todo lo explicitado parte de un diálogo sincero maestro-alumno óptimo para propiciar espacios de intersubjetividad, de encuentros, de consensos, de puntos de convergencia necesarios para el fomento de la paz y el respeto como valores humanos imprescindibles para convivir de manera armoniosa en sociedad.

Cabe aquí establecer dos precisiones en relación con lo por venir. La primera, alude a la actuación del maestro de lengua: éste, en tanto actor social es responsable de transmitir el conocimiento pertinente del cual se va alimentando el individuo a lo largo de su escolaridad. El que haya personas dispuestas a convertirse en difusores de la herencia cultural de un grupo destaca la función institucional cumplida por el docente en la comunidad. Al ser el conocimiento mayoritariamente de naturaleza colectiva, se necesita de unos cauces sociales (sistema escolar) y de un portavoz (maestro) propagador de esa herencia.

Lo anterior no es lo único en lo que creemos. Con muchos, creemos también que cuando se enseña la lengua se está afirmando la historia misma; si no ¿Cómo entender que las palabras, como toda la lengua, está llena de historia? Con su enseñanza se reafirma el pasado lingüístico y su fundamental nudo de raíces ancestrales: todo ello enriquece a los miembros de una comunidad parlante: la lengua escrita enseña también historia, y la lengua es el bien cultural fundamental de cada pueblo.

Ahora bien, las tendencias actuales en torno del tratamiento de la lengua en la escuela pasan por considerar su enseñanza, como un recurso para dotar al estudiante de las habilidades y destrezas comunicativas, necesarias para la producción y la comprensión de mensajes en distintos contextos de uso reales, generadoras de su cotidianidad. Enseñar lengua significa, según lo anterior, formar ciudadanos competentes para la comunicación: que el aprendiente sea capaz de comprender los textos y los mensajes intercambiados con sus pares, y con el resto de los miembros de la sociedad, y aquí acotamos: que también sea capaz de escuchar, de indagar en las instancias propias del acto comunicativo para alcanzar cotas de comprensión, lucidez, discernimiento e intersubjetividad tan caras a los encuentros interaccional es con los demás, sean estos pares, subordinados o superiores.

Se justifica claramente que la enseñanza de la lengua deba trascender aquellas dimensiones y asumirse como una enseñanza promotora de una comunicación altamente intersubjetiva, es decir, que permita el encuentro de los interlocutores para asegurar la comprensión mediada a través del uso efectivo del verbo. Mediante la lengua se promueven valores inspiradores del respeto hacia el otro, hacia la dignidad del ser humano, y con disensos resueltos de mutuo acuerdo. Que se acepten los diferentes puntos de vista, que haya libertad de expresar las opiniones sin ataduras ideológicas promovidas desde el poder, sea éste político, social, económico o institucional educativo.

Vistas así las cosas, se entiende ahora el rol vital desempeñado por el lenguaje en estas consideraciones. Aquí la segunda precisión, pues bien vale la referencia a las ideas de Schütz (2008), pues en el ámbito escolar todo actor social —llámese docente, alumno, representante— se desenvuelve en el “mundo de vida cotidiana” y la escuela es parte de ese mundo. Alrededor de él orbitan todas las demás dimensiones de su vida. A este conjunto de experiencias (verificadas o por comprobar, padecer, observar o apreciar, pues no otra cosa es lo así designado por Schütz) nos enfrentamos todos los días y buscamos interpretarlas para darle sentido a nuestras acciones y a las de nuestros congéneres. Esta apreciación la hacemos con lenguaje, con discursos. Construimos significados, edificamos visiones, ordenamos y reordenamos nuestras vidas, establecemos un *estado del arte vital* gracias al don de la palabra, tal es su importancia.

El “mundo cotidiano” o “mundo de la vida diaria” (Schütz, ob. cit.) tiene su propia existencia, su propia lógica y su propia organización, independiente del actor social. Éste le otorga significados al mundo a través de unas “tipificaciones” o modelos de representaciones mentales, útiles para interpretar y darle sentido a su vida y condición diaria. Convertidas en el tamiz mental, en los filtros de contenido experienciales a los que apela el hombre las tipificaciones conforman, a su vez, el llamado “acervo de conocimiento a mano” (p. 17).

Se entiende así que el “acervo de conocimiento” propio del miembro de un grupo no es un asunto totalmente privado, su naturaleza es social, tal cual se menciona más arriba. Es la recurrencia cotidiana

a estos conocimientos —heredad de una cultura y de unos saberes patrimoniales, de allí la referencia a la afirmación de la historia vía consolidación de la expresión, plasmada párrafos arriba— los que impiden la desorganización y el quebrantamiento de nuestra cosmovisión: dependemos de ellos para la interpretación y reinterpretación de las cada vez más abundantes experiencias “mundanas” patrocinadoras de la vida social, al evitar el desconcierto mental debido a la ausencia de referentes vivenciales a los cuales anclar nuestros modos de vida, visiones, costumbres o actitudes.

Solo de esta manera es posible observar la vastedad del rol del “lenguaje como vehículo tipificador por excelencia” (Schütz, ob. cit, p. 44), usufructuado por el grupo para construir estructuras de pensamiento.

Ahora se observa la relevancia social de la tarea del educador (arriba lo habíamos denominado portavoz): configurador y promotor de las tipificaciones o estructuras de significado socialmente relevantes propicias para la interpretación del mundo. Por lo mismo, es aquí donde se ve la trascendencia del lenguaje en los centros educativos para llevar a cabo toda actividad formativa.

Es por esto último que la enseñanza de la lengua materna no puede estar orientada exclusivamente a brindar aportes referentes a la naturaleza intrínseca del código lingüístico, o a la variantividad propia de la contextualización pragmática de los discursos: enseñar lengua, según nuestra visión de las cosas aquí expresadas, significa formar ciudadanos competentes para la comunicación humana mencionadas Morín y Schütz. Es enseñar a escuchar, es dejarse decir por el “otro” y llegar a entendimientos respetando los disensos. Es comprender el verdadero poder de la palabra como configuradora de espacios de armonía y de acoplamiento de las divergencias, naturales en todo tipo de agrupación humana. Además, en estos tiempos sociales, cargados de niveles de beligerancia extrema, de incomprensiones intragrupalas tendientes a todo tipo de disgregación social, es importante el “otro”, el sujeto que comparte conmigo el mundo social. Es relevante conocer y comprender sus pensamientos y cómo construye su realidad cotidiana.

No nos cansaremos de repetir lo siguiente: la capacidad interpretativa del hombre es configuradora de experiencias vitales

y realidades materiales: nos permite ver el mundo y actuar en él de una determinada manera. En este sentido, el docente de lengua (y en general cualquier docente) es un orfebre de la elaboración de redes semánticas porque, a fin de cuentas, la arquitectura profunda del perfil de toda sociedad (no importa qué tipo de sociedad: desde las poco complejas, como las sociedades construidas a espaldas de los avances tecnológicos típicas de Nueva Guinea, hasta las megalópolis modernas) está constituida por construcciones semánticas de cualquier naturaleza. Solo el lenguaje nos ofrece las múltiples opciones válidas para la interpretación de la realidad social. El maestro debe priorizar de esas múltiples opciones las verdaderamente relevantes, de tal forma que la escuela sea dadora de “tipificaciones” necesarias para enfrentar la multiplicidad de escenarios semánticos proporcionados por la vida social.

Ahora bien, las “tipificaciones” que van nutriendo el “acervo de conocimiento” social (Schütz, dixit) de los aprendientes deben portar una gran carga humana. Esto último de ninguna manera implica un peso que indefectiblemente hay que llevar encima a riesgo de nuestra integridad física o espiritual; significa sí el reconocimiento del “otro” como alguien igual a “mí”; de hecho, una parte de significativa de la vida en sociedad acarrea el reconocimiento de pluralidades, competencias y antagonismos condición *sine qua non* para permanecer y consolidarse como una comunidad. Es este reconocimiento el que permitirá alcanzar una comunicación intersubjetiva real, viva, sustanciosa, de encuentro del “otro y el mí” en un diálogo “nosotros”.

Opciones como las planteadas en el párrafo anterior permitirán la construcción de conocimientos sociales potenciadores de “tipificaciones” signadas por valores humanos de respeto, solidaridad, libertad y honestidad. Si tales “tipificaciones” son resaltadas y promovidas en los centros educativos estaremos colaborando con una sociedad más apegada a lo humano y a lo conciliatorio, y al respeto de las diferencias tan naturales en los contextos sociales. Por eso hablamos del gran desafío del educador de estos nuevos tiempos: acentuar al máximo aquellas “tipificaciones” afines a comportamientos sociales identificados con el patrimonio de la humanidad, propensas a la convivencia respetuosa y a la paz, tan necesaria en la sociedad actual.

## Reflexiones conclusivas

Los que estamos comprometidos con el quehacer escolar observamos con preocupación la vertiginosidad con que la escuela recibe la influencia producida aulas afuera: incremento de encuentros con cargas agresivas crecientes, altas cotas de beligerancia, enfrentamientos verbales y físicos, incremento de un fenómeno socio escolar llamado “*bullying*”, en sus formas más cruentas, y otra serie de rivalidades y reyertas visibles en el ámbito mencionado. Por todo esto somos del criterio que el educador tiene dentro de sus funciones y actividades:

- Rescatar la carga de sensibilidad y de humanidad que se ha perdido, en gran medida en nuestras sociedades, lo cual pasa por redimensionar la enseñanza de la lengua cotidiana. El educador debe indefectiblemente ponderar la lengua en uso, es decir, la palabra cotidiana, espontánea y vivaz.

Además de lo anterior, pensamos que:

- La enseñanza de la lengua exige en el contexto histórico social de la Venezuela de hoy, en el cual predominan los desencuentros, los desacuerdos, y una enorme conflictividad social, una racionalidad ponderadora del diálogo por parte del maestro. Éste debe priorizar un uso de la palabra que sea conciliadora y armónica.
- Es imperativo promover espacios de diálogo y de comunicación en los ambientes educativos para garantizar a través del flujo comunicativo equilibrado la convivencia y la armonía escolar entre los distintos actores sociales que hacen vida en la escuela. Hay que favorecer el encuentro entre docentes-alumnos/alumnos-alumnos.
- La escuela, como ductora de los destinos sociales de una nación o país, debe reproducir y replicar en los contextos sociales los intercambios comunicativos intersubjetivos. De esta manera estaría contribuyendo a minimizar los conflictos intragrupales generados desde el lenguaje.

- La sociedad contemporánea demanda ciudadanos competentes para la comunicación humana referidas por Morín. El docente de hoy debe enseñar a escuchar, lo cual significa dejarse decir por el “otro” y llegar a entendimientos respetando los disensos. Es comprender el verdadero poder de la lengua como configuradora de espacios de armonía y de acoplamiento.
- El gran desafío para el enseñante de hoy es potenciar al máximo aquellas “tipificaciones” que ponderen los más elevados valores del ser humano, por ejemplo: el respeto, la solidaridad, la amistad, la comprensión, la generosidad y la sensibilidad.
- Es obligante promover espacios de diálogo y de comunicación en los ambientes educativos para garantizar a través del flujo comunicativo equilibrado la convivencia y la armonía escolar entre los distintos actores sociales que hacen vida en la escuela.

## Referencias

- Casillas, C. (2009). *Hacia una definición de ecología de la comunicación*. Recuperado el 26-06-2014 de: <http://cyntiaceron.wordpress.com/2009/10/19/hacia-una-definicion-de-ecologia-de-la-comunicacion/>
- Echeverría, R. (2010). *Ontología del lenguaje*. Buenos Aires: Granica.
- Gadamer, G. (1998). *Verdad y método II*. Salamanca: Sígueme.
- Lomas, C. (1999). *Cómo enseñar a hacer cosas con las palabras*. Vol. I. (2ª ed.). España: Paidós.
- Lomas, Osoro y Tusón. (1993). *Ciencias del lenguaje, competencia comunicativa y enseñanza de la lengua*. Barcelona: Paidós.
- Morín, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. París: UNESCO.
- Pérez, A. (2010). *¿Para qué educamos hoy?* Argentina: Biblos.

Schütz, A. (2008). *La construcción significativa del mundo social*. (2<sup>a</sup> ed.). Argentina: Amorrortu.

Wittgenstein, L. (2012). *El libro azul*. Título en inglés: *The Blue Book*. Caracas: Latina.

**Yilmar Campbell:** Licenciada en Educación U.C.  
Magíster en Lectura y Escritura. U.C. Profesora del  
Departamento de Lengua y Literatura de la FaCE-  
U.C. Autora de artículos en revistas nacionales.  
Coautora del libro “Para comprender el texto escrito”  
y autora del libro “Nociones Básicas de Lingüística”.  
Ponente en eventos nacionales.  
yilmar01@hotmail.com